

EL ESPANTO

Del libro en preparación "Cuentos de la Costa."

El abuelo limpiaba hacia dos horas su carabina mohosa. La "baqueta," con un rollo de estopa en la punta, subía y bajaba sin descanso por el cañón del arma. Gruesas gotas de sudor corrían por el rostro arrugado del viejo; pero éste no descansaba en su tarea. Habíase empeñado en dejar la carabina brillante como una patena; consiguió al fin, y, suspirando satisfecho, fuese, con lento andar, hacia el interior de la casa, volviendo á poco con el cuerno de la pólvora y un saquillo de balas.

María, la nietezuela, acurrucada en un ángulo del corredor, veía con inquietud aquellos preparativos.

ne usted todavía, padre, y asentándolos á tiempo sobre él, y si es preciso sobre ella, habrá de acatar con cualquiera tontería que se presente. Males de amor, á los quince años, no es raro que se curen con bálsamo de palo....

A la hora de cenar, la mesa, una mesa patriarcal de rancho, reunió al abuelo y á la nieta, á capataces y viajeros. Hablóse de la siembra y de las pocas lluvias; del amo Fermín que regresaría muy pronto; de la perra "coneja" y sus aullidos al ver el espanto.

—Pa mí, flor Santiago—dijo un capataz al abuelo,—pa mí que es el alma del Collón que afustilamos el año pasao

po á ver las siembras. Con tal que el maldito Norte no venga á estropearnos la cosecha....

Varios días después, hacia media noche, una sombra blanca saltó el corral y echó á correr por el campo. Flotaba á su redor un gran manto, y el aire, al agitarlo, hacía que pareciera más fantástica aún.

Santiguóse devotamente el abuelo, que llevaba ya varias noches en acecho; al ver la aparición ya no dudó que era un espanto; pero un agudo silbido de la sombra le hizo pensar que muy bien pudiera ser de carne y hueso, y, alzando la escopeta, disparó á la buena de Dios....

Gritó "el espanto"; cayó de bruces, después alzóse pesadamente y se perdió en un matorral.

Cuando el abuelo volvió á la casa, una hora después, sin haber encontrado los restos del espanto, halló á la nieta, pálida como la cera, en un sillón de la cocina.



—¿Va usted á tirar, abuelo?—preguntó al fin.

—No está muy bueno el tiempo; ayer se fué la luna, y dice Juan que hasta la "llena" saldrán los venados.

—¿Y qué sabes tú, muchacha?—refunfuñó el viejo.—No sólo venados hay en el llano. Otros animales pasan también de noche, y de uno he visto las patas por el lodo del arroyo que me han entrado ganas de mandarle un plomo.

—¿Pero es tan grande, abuelo, que carga usted con bala la escopeta?

—Anda, preguntona, que si fueras tú mi animal, no te interesaras más.... Balas necesita, á lo que creo, que una rociada de municiones podría no agujerarle la piel tanto como yo quiero.... Y, oye: ese Juan que me nombraste antes, ¿cómo sabe que no han salido los venados? ¿sigue tirando de noche por estos rumbos?

—Preguntáraselo usted á él, abuelo; que á mí sólo me ha dicho que no salen.

—¿Y cuándo platica el mozo con mi nieta....?

—Del rancho del Coyote iba á la Cruz para un encargo de su padre, y como tuviera sed y aquí, en la Soledad, no se niega agua ni á las bestias....

—Ya, ya.... Si vuelve, no le dejes ir tan de carrera; algo tengo que hablarle. Extráñame no verlo desde la fiesta de la Candelaria que bailó contigo y hasta vino á cantarte á la otra noche, con los vaqueros de la Cruz....

—Es verdad, abuelo, poco ha vuelto desde entonces.... y de noche menos.... ¿Quién pasa por el llano después de la oración?... El mes de las ánimas no da valor á nadie; y usted, abuelo, ¿ha visto el espanto alguna vez? Todas las noches ladran los perros desesperados, y coneja, la perra amarilla que dice usted que puede ver al diablo porque tiene los ojos verdes, se pone á aullar como si viera apariciones....

—Ya la he oído, moquita, y también á los otros, y ladran hacia el arroyo, allá por donde me encontré con las patas de mi animal.... Vieja está mi escopeta y mis manos más viejas todavía; pero así y todo, reza por los espantos si les tienes lástima, que puede suceder que tal susto reciban que no vuelvan á desvelar á viejos como yo, ni á causar impresiones á chiquillas como tú.... Con que ya lo oyes, y ahora métete, mocosa, que hay en estas tardes de Noviembre mucho relente, y un frío se coge con más facilidad que se quita, y no quiero que tu padre, al venir de la montería, me diga que ya tan viejo soy, que ni para guardar niñas sirvo....

El abuelo recelaba. Nunca había sido muy confiado de palabras de mujer, y aquella gazmoña de María no había de engañarlo. Ciertamente que no podía decir que la nieta anduviera en amores con Juan; pero sí estaba seguro de que éste andaba tras la chica, y brillaban demasiado los ojos de María cuando se hablaba de él, para que á un viejo se le escapara que la moza algo llevaba dentro. Y menos mal si Fermín, el padre de María, estuviera en la Soledad; pero le picó la ambición y allá se había ido, á las monterías de Chiapas, donde enterrado desde un año antes, cortaba cedro y caoba, que era, á lo que pensaba él, como cortar plata y oro; tanto dinero le dejaría el negocio! En tanto, la muchacha parecía llevar amores en el alma, y no agradaba al abuelo que así fuera, que bien recordaba las palabras de Fermín, al despedirse:

—Padre: ahí se queda usted con el rancho y María. El rancho de usted me vino y ya sabe como lo quiero. Cuidé las siembras y amontone grano, si Dios quiere que pueda amontonarse. De la chica, nada le digo. Preferiría regresar sin un centavo y hallar los campos secos y el granero vacío, que encontrarme á mi vuelta con amores que nada bueno me traerían. No son los quince años y las gracias de mi María, para enterrarse en estos andurriales, y mucho tuvo que padecer la madre por ser yo toda la vida rancheiro, para que quiera ver penar á la hija. Buenos puños tie-

—Sea ese ó cualquier otro, el espanto sí que lo es—siguió diciendo el capataz.....

por bandido. No le dimos tiempo de que llegara el cura, y allá se fué á la otra vida, condenao.

—Del Collón no se trata—opinó un vaquero,—que en Julio tuve que dir hasta la barranca del Sauce, siguiendo el ganado, y allí donde murió el Collón pasé una noche y nada vide....

—Sea ese ó cualquier otro, espanto sí que lo es—siguió diciendo el capataz,—que la otra noche divisé una sombra blanca saltando el corral, por donde se va al arroyo, y que diga la seña Juana si no era espanto, que me ha tenido que dar más yerbas que á un "entripado"....

—Y yo también la vide—afirmó otro vaquero.—Parecírame mujer el espanto, á no ser porque mucho corría. La llorona no es, que iba muda y....

—Cobardes que sois todos—dijo enojado el abuelo.—Hubiera visto yo el espanto y ya tendríamos ahí colgado el pellejo.... Pero mala muerte me coja si no....

—Abuelo, por Dios, es pecado jurar contra los espantos—suplicó María....—Viene la mala suerte....

—Muy blanducha te encuentro, hija, y hasta inclinada al espanto.... En fin, sea de todo lo que Dios Nuestro Señor quiera, y ahora, á dormir, que al amanecer iremos al cam-

—¿Qué haces aquí, muchacha?

Con voz muy débil, María contestó:

—¿Por qué tiró usted, abuelo? El espanto era....

—¿Quién era el espanto? ¿Tú lo sabes? ¡Maldita sea! Dime, ¿quién era?

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de la nieta. Se levantó con gran trabajo, como si tuviera las piernas de plomo, y fuese á la cama, vacilante, como una grave enferma que hubiese querido andar antes de morir.

—¿Pero qué te pasa, María? ¿Qué tienes?... ¡Ah! Por vida del demonio; ya lo sé.... ¡tú también viste el espanto!

Dijo que sí la moza con un movimiento de cabeza, y entróse á su cuarto, lentamente.

El abuelo ya no pensaba que no había espantos. Había creído firmemente que á Juan y no á una sombra disparara la noche anterior, y ahora resultaba que el mozo, muy de mañana, se había aparecido por la "Soledad," tan bueno y sano como siempre. Pero, entonces, la chica estaba enferma de susto; ver al espanto la había puesto á la muerte. Porque la nieta se moría, y el abuelo lloraba como un niño. (Sigue en la 10a. página)

La Humanidad, Hace 20,000 Años

Viene de la 4a. Págu

tar el animal que se come y defenderse de la fiera que mata. Esta preocupación ha hecho ya agruparse á los hombres: primer indicio de la sociedad que va á nacer.

Vistense de pieles rugosas. Sus armas, con las que luchan contra la naturaleza entera, son guijarros tallados para golpear con la mano, guijarros aguzados, sujetos á astas de madera. Las familias saludanse con sonoros "¡holloo!" al separarse para la caza. Su lengua tiene pocas palabras; compónese de exclamaciones, onomatopeyas y gestos. La tribu se congrega silenciosamente; los desnudos piés, de plantas duras como el cuerno, no hacen ruido sobre la nieve. Delante van los jóvenes, de atléticas musculaturas, con el rostro y los brazos teñidos por el ocre. Los viejos siguen, curtididos y experimentados, con las mujeres, encorvadas por el peso del niño sobre la espalda. Y los muchachos flanquean la tropa, ansiosos ya como hombrecillos, sabiendo que deben callar para no espantar la presa.

El lugar en que fué tendida la trampa está lejos. En el horizonte un volcán vomita llamas; no se han aproximado los hombres jamás: este fuego es como el guardián de las tierras inexploradas.... De pronto, algunos pasos delante, negro en el rojo del alba, un bultre se eleva, se abate y huye, llevándose algún cadáver descarnado. Pero uno de los jóvenes, Vrissch, el brazo súbitamente tendido cual un arco, ha blandido su honda. Vrissch es el cazador más hábil. El ave cae con el ala destrozada y el joven se precipita. Otros se han lanzado igualmente, ávidos: Grift, que lucha cuerpo á cuerpo contra los osos; Tok, que talla la piedra en rudas agujas y que usa los huesos como estiletos;

Ploo, el pescador; y otros cuyos bárbaros nombres recuerdan los gritos de los animales por ellos vencidos. Bajo el puño formidable de Grift, Vrissch ha rodado á tierra y ya el gigante posee la presa que le disputan sus hermanos. Y bien pronto el gran bultre, desgarrado por las uñas de los luchadores, no es sino una masa sangrienta de donde vuela el plumaje.

Entonces, de entre los viejos, avanza Brah con aire grave. Ha visto cosas pasadas en tiempos anteriores y como los jóvenes lo han conocido, siempre vencerán su poder misterioso. Con su bastón encorvado separa á los combatientes, que dejan caer el animal muerto, lo recoge es seguida y lo tiende á Vrissch. Todos tienen la intuición de alguna obscura justicia, mientras ven los ágiles dientes del cazador hundirse en la presa sangrienta y su boca escupir las plumas.... La marcha se ha emprendido de nuevo. Ya no está lejos la fosa abierta bajo la bóveda de los plúas. Los primeros que llegan, avanzan sus lanzas de sílex en un gesto de defensa. La fosa está ocupada. Se oyen en la excavación crujir las ramas tronchadas. Los hombres hallanse espantados del éxito de su trama. Rodean la fosa, los pequeños trepan á los árboles para ver mejor. La fiera no muestra ningún furor de encontrarse presa, sino que dá muestras de un asombro cándido. El hombre cae sobre ella. Es la necesidad, es el hambre lo que grita más alto en su organismo. Y, entonces, la tribu entera se encarniza en la presa, que dará pasto á las necesidades de aquellos hombres, nuestros rudos antepasados de hace 20,000 años.